Pudor en el refranero

FRANCISCO J. ÁLVAREZ CURIEL
Málaga

¿Es pudoroso el lenguaje de los refranes? ¿O no será que el recopilador ha soslayado conscientemente aquellos refranes que aluden a asuntos, situaciones y partes del cuerpo considerados tabúes? Nos inclinamos por lo segundo. La tradición escrita ha sido una de las vía por las que nos han llegado los refranes que constituyen ese rico tesoro de "saber popular", y una cosa es oír un dicho procaz, una historia descarnada o un chiste atrevido, y otra muy distinta el falso conflicto moral que se le plantea al que ha de ponerlos por escrito, en letra impresa de forma que puedan llegar a las manos de cualquiera. Además, como el refranero ha sido calificado de moralizante, didáctico, aleccionador, sentencioso, "evangelios chiquitos", "piedras preciosas de sabiduría"..., al topar con un asunto escabroso el refrán se refrena (o mejor, es refrenado) denotando a las claras la actitud pacata de quienes pretenden escamotear el dicho crudo, popular y conocido, adecuándolo *ad usum Delphini*. Abdelkebir Khatibi achaca esta desmedida mesura a «... la pudeur (fausse, perverse) de l'ethnologie: l'interdit voile le 'pornogrammes' de la littérature proverbiale» (1986: 25)[1].

No hay que esforzarse mucho para encontrar un ejemplo de refrán vivo, descriptivo y, además, cierto: «Más tiran dos tetas que dos carretas». Pues bien, ni en el *Refranero general ideológico español* (1953=1978) de Luis Martínez Kleiser, ni en el *Diccionario de refranes* (1975=1992) de Juana G. Campos y Ana Barella se encuentra esta paremia. Es más, en el índice de referencias ni siquiera se recoge la palabra "teta". En el lugar de nuestro "fuerte" refrán, y con el mismo sentido, aparece este otro: «Más tira moza que soga». Sí lo recoge, por el contrario, el Maestro Correas en su *Vocabulario de refranes*, fuente e inspiración de gran parte de nuestro actual refranero, quien anota a continuación otro dicho proverbial equivalente y adornado con detalles más precisos: «Más tiran nalgas en lecho que bueyes en barbecho».

Y si con la curiosidad propia del infante malsano que indaga en el diccionario intentamos buscar en aquellos refraneros los términos que aluden a órganos genitales y a las funciones propias de dichos órganos, nos llevaremos un buen chasco. Sí hay refranes impúdicos, aunque para hallarlos escritos tengamos que acudir a una colección paremiológica hecha por un morisco andalusí allá por el siglo XVI, nos referimos a la *Recopilación de refranes andalusíes de Alonso del Castillo* (1994). He aquí un ejemplo, que reza escuetamente así: «Cuando aparece la verga, se acaba el melindre» (p. 105). Hablemos pues de melindres. He aquí los argumentos que Martínez Kleiser aduce en la introducción a su *Refranero* para justificar el expurgo que hubo de hacer en su recopilación en aras de

[1] Véase el capítulo «Le discours parémiologique» de *La Blessure du nom propre* (1986), en el que estudia un corpus de 48 paremias marroquíes referidas a las diferentes partes del cuerpo, desde la cabeza a los pies.

un pudor timorato. Comienza diciendo que los mismos creadores de refranes o dichos algo subidos de tono ya habían aconsejado sobre el uso recatado que de ellos habría de hacerse:

> El desenfado y la libertad de las expresiones populares, rebeldes a todo yugo impuesto por nuestros convencionalismos, asustó de tal modo a su autor que le hizo decir: *No todos los refranes son para escritos. Hay refranes que no son para escritos, sino para dichos; y eso entre amigos* (p. XX)[2].

Pasa a continuación, y sin rodeos, al grueso de sus razonamientos:

> En efecto, se deslizan en ellos licencias de lenguaje que se adentran unas veces, sin embarazo, por los ranchos de la grosería, y traspasan otras, libremente, las fronteras de la clerofobia, de la profanación y de la obscenidad. Gran problema para el prudente coleccionador. Su espíritu selectivo se halla colocado entre dos simas igualmente peligrosas: La de considerar su obra puerto franco para toda clase de mercancías paremiológicas que pretendan desembarcar en él, y la de talar por la raíz cuantos dichos ofendan al pudor, a la fe o al buen gusto. En el primer caso resultaría un libro vedado a muchos lectores por sus crudezas o por sus enseñanzas nocivas, y en el segundo retrataría con borrosos rasgos la fisonomía real del pueblo tras un velo de miramientos y de rubores. Para huir de ambos terribles abismos, manteniéndose sobre la cresta estrechísima que los separa, no basta, por lo general, el equilibrio propio; se ha de buscar el quitamiento de un apoyo seguro en quien descansar la conciencia. Y a este apoyo, en forma de superior y sapiente consejo, hubieron de acogerse mis titubeos y mis inquietudes. El autorizado *filtro* excluyó los notoriamente impúdicos y concedió libre paso, no sin íntima contrariedad, a cuantos reflejan estados inocultables de opinión o de cultura (*Ibidem*).

Como se puede ver, la cita no tiene desperdicio y confirma fehacientemente lo que sospechábamos: el recopilador se convierte en censor. Así podemos comprender que en el índice de referencias no aparezcan los vocablos "putas" (incluido en el eufemístico "rameras"), "cornudos"[3] (ni siquiera "cuernos"), "folgar", etc. El tan corriente "culo" (transcrito "c..." por nuestros eminentes folcloristas del siglo XIX y hasta del XX[4]) no ha lugar en el índice de referencias. Al parecer está incluido en "excrementos", conviviendo con "mear", "cagar", "peer" y otras perentorias necesidades. Pero volvamos a lo nuestro. Cuando Martínez Kleiser habla de *filtro*, nos remite a continuación a la insigne casa que *Limpia, fija y da esplendor*. Apela al criterio de autoridad del que impone la norma:

> Continúan, pues, en el lugar que le corresponden aquellos que, al llegar al acerbo, contenían supersticiones falsas, creencias vulgares, insinuaciones torpes aunque ingeniosas, irreverencias menos reales que sentidas, y voces mal sonantes para oídos poco avezados a las licencias del lenguaje popular. El criterio académico impuso la norma de que fuesen estampadas estas voces con toda su descarnada crudeza, puesto que así se consignan también en el Diccionario de la docta corporación y puesto que muchas de las que hoy ofenden el buen gusto eran de uso corriente y general en labios y obras de nuestros clásicos (*Ibidem*).

---

[2] El párrafo final en cursiva se corresponde con el número 54.672 de su *Refranero*. A continuación añade esta significativa nota, que abunda en su actitud: «Por eso fué necesario cerrar el paso en esta colección a muchos que no son para escritos; y aún quedaron, a pesar mío, muchos que hubiera deseado suprimir». Quizá no se acordó del refrán nº 54.649 que reza así: «Todos los refranes habían de estar escritos con letras de oro».

[3] Joaquín Calvo Sotelo, en su *Bolsa de los refranes* (1992: 115), dice: «A mí me consta la violencia del término [...]. Todavía disuena o, por lo menos, suena con dureza en nuestros oídos». Propone como ejemplo de término más comedido «la palabra francesa equivalente *−cocú−* es más suave y puede usarse en sociedad sin que nadie se escandalice al oírla».

[4] José Bergua, en su *Refranero español* (1944=1961), mantiene el uso de los puntos suspensivos para no pecar de impúdico: «Cepa de madroño, espotrica y quema el c...». «Comer en bodegón y j... en putería». «Más listo que la hija del herrero, que pegó a sus padres en los c...». Pero en otro refrán se olvida de la elipsis y transcribe: «Hombre de cojón prieto, no teme aprieto».

Pues bien, ese *filtro* era bien fino, ya que el *Diccionario de refranes*, en el que se recogen, además de los incluidos en obras de autores clásicos (*El libro de Buen Amor*, *La Celestina*, *La Lozana Andaluza*...), «la colección completa de los refranes contenidos en la edición XVIII del Diccionario de la Academia», sólo cita dos en los que se pueda percibir algo de atrevimiento: nº 1045, «Más tira coño que soga (Lozana Andaluza); nº 3400, «Tras el vicio viene el fornicio».

Las precauciones y miedos subsiguientes al Concilio de Trento (que coincide en el tiempo con la consolidación de nuestro refranero clásico) influyeron, sin duda, en la ausencia de refranes blasfemos o que atentasen contra la fe cristiana. En lo tocante a la clerofobia[5] (no contra la institución de la Iglesia) el refranero se despacha a gusto, si bien ha habido una intencionada y prolongada ocultación de los mismos en textos escritos, vigilados con ojo inquisitorial. A pesar de todo son numerosos los que ponen en duda la caridad, la pobreza y la castidad de frailes y abades; eso sí, sin meterse en demasiadas honduras. Un ejemplo: «Cuando vieres un fraile de la Merced, arrima el culo a la pared». Tal vez por suponer que muchos de esta orden se entregan a ciertos vicios. Se dice también que los frailes mercedarios tienen fama de estar bien dotados.

Este pudor del que han hecho gala nuestros más recientes paremiólogos, no siempre ha sido tan riguroso. Para comprobarlo he rastreado en dos colecciones de refranes que fueron escritas con pocos años de diferencia: la de Alonso del Castillo, a finales del XVI, y la de Gonzalo Correas, a principios del XVII. Ambos recopiladores no tuvieron empacho en recoger refranes y expresiones en los que se alude (más crudamente en la del morisco que en la del maestro salmantino) sin tapujos ni eufemismos a situaciones y asuntos que, luego, escandalizarían a estudiosos supuestamente más modernos. Si bien es verdad que, en proporción −1.600 refranes en Alonso del Castillo y unos 26.000 en Correas−, el número de expresiones atrevidas es relativamente pequeño, el hecho de haberlas recogido por escrito denotan un talante mucho más abierto, comprensivo y riguroso ante los hechos folclóricos.

Vocabulario de refranes y frases proverbiales de Gonzalo Correas

En la Introducción que Miguel Mir escribe en 1924, éste disculpa al Maestro Correas por haber incluido en su repertorio «chismes y malignidades del pueblo»:

> Llevado del entusiasmo por esta sabiduría popular, lo buscaba y huronaba y recogía todo. No le arredraba ni la extrañeza, ni la peregrinidad, ni aun la brutalidad de la frase. [...] Efectivamente: en este *Vocabulario*, más que en ningún otro libro, se ostentan en magnífico alarde las cualidades más características de nuestra raza, su sentido moral recto o pervertido, la viveza de la imaginación quieta o extraviada, la agudeza del entendimiento bien o mal dirigido [...] En él resplandecen en su nativo arreo o desnudez, mil frases geniales idiomáticas [...].

Lo cierto es que estos refranes, mezcla de adivinanza, chiste y juego de palabras, sin malicia ni crudeza, nos harán sonreír si miramos cómo está el patio en la actualidad en esto del hablar sin pudor: «Agora sí que estaréis contento, que tenéis dos fuera y uno dentro». En la nota Correas intenta aclarar, oscureciendo, el sentido recto del dicho. La historia que aduce parece inventada y no viene a cuento, ya que al final, y en sus mismas palabras, se le ve el plumero:

> Fingen que son palabras de una aldeana viuda, en su lamento y duelo, dichas al cura que había enterrado dos maridos fuera del cementerio y ahora enterraba al tercero dentro de la iglesia. Tiene gracia y malicia en la ambigüedad y alusión a otra cosa.

---

[5] Véase a este respecto el *Refranero anticlerical* (1994) de José Esteban.

«Agüela, ¿dónde vos daré que os duela? —Ay, nieto, en este remiendo prieto». «Amigo, amigo, más te quiero que a mi marido; si quieres aquí, si no allí, si no, vámonos a la cama». Correas, como en otros casos, se apresura a evitar malentendidos: «Este amigo es el sueño». A continuación, incluimos algunos ejemplos más[6]:

> Aunque sois sordo, marido, bien veis. —Sí, mujer, aunque no oigo que soy cornudo, bien veo que sois puta.
> Aunque soy viejo y cansado, tres veces bien me las hago... (Pareció comenzar en otro sentido de mozo, y resolvió en el que es más propio de viejo).
> ... cuando me acuesto, me meo; a la media noche, peo, y a la mañana me cago.
> Cornudo sois, marido. —Mujer ¿y quién te lo dijo?
> La que huye de un ratón atado no huirá de un fraile arremangado.
> Mucho me quiere Tello, quiere metello.
> Mujer, vámonos a acostar, que aquí es decir y allí es obrar.
> No metas al adúltero en tu casa hasta que tú veas que estás preñada.
> Pasito, señor, que soy doncella; él era sordo y daba en ella.
> Por cierto, Pedro, nunca venís sino cuando meo, y halláisme siempre arremangada.
> Si da non da, no quiero que la tanga (Estaban a la lumbre negro y negra, y él sin bragas, y el gato dábale con la manica en lo que colgaba, y ella espantábale. El negro dice: «—¿Qué se te da?». Ella respondió: «—Si da non da, no quiero que le tanga»).
> Si el co... tuviera llave, no tuviera el hombre tal heredade (Entero lo dicen adonde no empacha la vergüenza por el otro).
> Si me lo has de dar, no me lo hagas desear (Tiene gracia en dos sentidos).
> Tres cada día, y tres cada vez (Tres comidas y tres veces de bebida).
> El viejo por no poder y el mozo por no saber, quédase la moza sin lo que puedes entender.

Recopilación de refranes andalusíes de Alonso del Castillo.

Esta interesantísima recopilación, publicada por F. Corrientes y H. Bouzineb, es «una pieza fundamental de los estudios de paremiología andalusí y sus relaciones indudables con la hispánica» (1994: 9). Además, en ella aparecen proverbios que ya habían sido recogidos por Azzajjali (s. XIII) y por Ibn 'Asim (s. XIV-XV), al mismo tiempo que constituye un interesante documento de árabe dialectal granadino. En cuanto a la crudeza de algunos refranes, los autores del estudio se adelantan al avisarnos de que los hay:

> [...] escatológicos y escabrosos en proporción notable y llamativa en un autor que pretendía una perfecta integración en la religión y estética de la España de su momento. Ello hace pensar que tenía una cierta seguridad en la inaccesibilidad de estos textos árabes, salvo a los contados moriscos cultos que quedaron en la zona tras la rebelión de las Alpujarras, y que una vena andalusí desinhibida y descarnada le hacía divertirse con esta recopilación en la que, con todo, hay más de una grosería tachada, aunque perfectamente legible. A tal respecto, y para prevención de oídos sensibles, debemos decir que nuestra traducción ha renunciado, en aras de la fidelidad científica en un texto folklórico, a introducir algún eufemismo en el original.

En este caso vamos a reproducir tanto los escabrosos como los escatológicos, ya que en ambos se muestra ese aire vital y desenfadado que sin duda se desbordaba en el habla de los moriscos granadinos quienes, escudándose en su *algarabía*, hacían higas continuas al cristiano inquisidor, fanático y reprimido, que andaba siempre buscándole tres pies al gato.

---

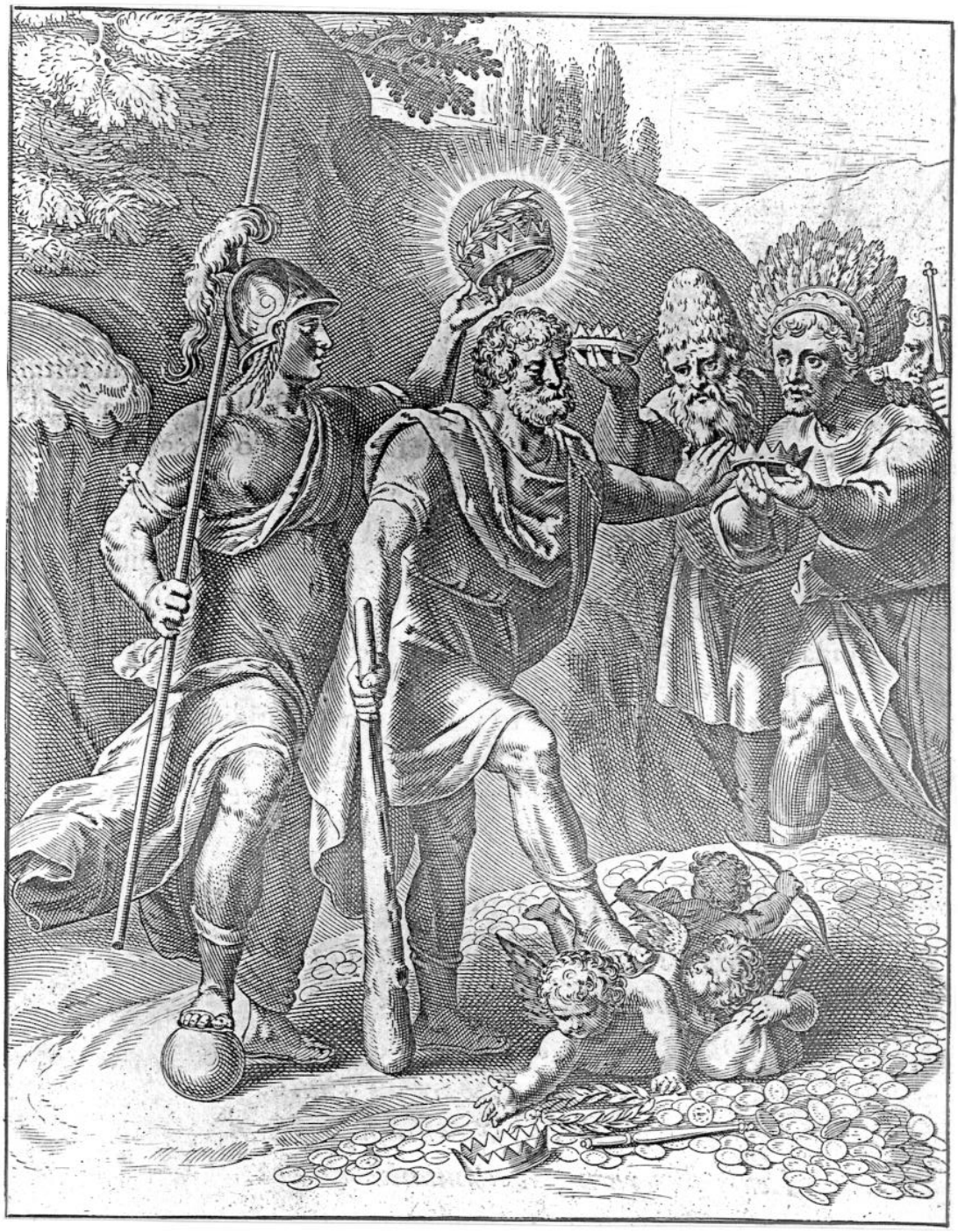
[6] Entre paréntesis aparecen los comentarios de Correas a estos refranes.

Si el capitán ventosea, escápate de la fila y caga.
Como la cagada de H., en la que saltó el galgo sesenta pasos y acertó en medio.
Quien te amenace, cágate en la puerta de su casa.
A uno que estornuda le dicen «¡Qué mal!», y a otro, que se pee, le dicen «¡Salud!».
Mala ralea, quien no sale pedorrero, sale ventoseador.
No hay (buen) coño sino en la cegajosa, ni (buena) picha sino en el tonto.
El peer tiene partes.
Tras el pedo, apretar el culo.
Cuando el pene dice «(quiero) recipiente», dice la pasión «huye».
Como el tonto de T., que le dieron el coño y se cagó en medio.
Quien te jode sabe dónde ponerte la cabeza.
El labriego, cuando se sienta, en la punta de la picha se busca hueso.
Como el excremento, primero alivio, y después olor.
Azud de mierda se lo llevan los orines.
Negra fornicó, cabra peyó, orza se quebró.
Pubis depilado y pene erecto.
Como coño de bañera, depilado, arreglado y esperando quien lo pida.
Bien sabe el asno en la cara de quien pee.
Pee, si ya hubieras cagado.
Peer con el sordo es añacea.
Casa mierditas con besitos, y sus aromas se harán peditos.
Como el cocinero de F., que le metió la cebolla por el culo a la vaca y le dijo: Ve, cátate encebollado.
Cuando aparece la verga, se acaba el melindre.
Como el coito del negro B., que lo empezaba al atardecer y lo acababa al amanecer.

A modo de conclusión, afirmamos que son muy raros los refranes impúdicos o simplemente malsonantes que estén recogidos en los refraneros. Hay una excepción: la palabra "puta" se repite casi hasta la saciedad; es obvio que en esto influye el sesgo machista que impregna al refranero de cabo a rabo. Por otro lado, observamos que los somatismos, es decir, las unidades fraseológicas que tienen como palabra clave la que designa cualquier parte del cuerpo (incluidas las pudendas) son abundantísimos y gozan de enorme vitalidad en el habla coloquial. El que tengamos esta laguna en las recopilaciones de refranes, y por ende en su posterior conservación y difusión, se debe en buena medida a la actitud timorata de los que en su momento los recogieron. Además, el hecho de que al refranero se le hayan adjudicado rasgos que connotan moralidad y conservadurismo puede haber influido en que, por principio, al refrán atrevido, directo y descarado se le soslaye sin más.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BERGUA, J. (1944=1961): *Refranero español*. Madrid: Ediciones Ibéricas.
CALVO-SOTELO, J. (1992): *La bolsa de los refranes*. Madrid: Grupo Libro 88.
CAMPOS, J.G.; BARELLA, A. (1975=1992): *Diccionario de refranes*. Madrid: Espasa-Calpe.
CORREAS, G. (1627=1924): *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Madrid: Real Academia Española; también hemos consultado la edición de V. Infantes (1992). Madrid: Visor Libros.
ESTEBAN, J. (1994): *Refranero anticlerical*. Madrid: Vosa.
KHATIBI, A. (1986): *La Blessure du nom propre*. Paris: Denoël.
MARTÍNEZ KLEISER, L. (1953=1978): *Refranero general ideológico español*. Madrid: Ed. Hernando.
Recopilación de refranes andalusíes de Alonso del Castillo (1994). Estudio, traducción y notas de F. Corriente y H. Bouzineb. Zaragoza: Área de estudios árabes e islámicos.



Sólo es rico quien nada desea.